

LAS FUENTES LITERARIAS Y LA EPIGRAFÍA: EL CASO DE LA ONOMÁSTICA PERSONAL*

José María Vallejo Ruiz
Universidad del País Vasco

RESUMEN

En este estudio se analiza el conjunto de los antropónimos hispanos de época romana transmitidos por las fuentes literarias. Al mismo tiempo, se comparan sus características con las de los nombres epigráficos que se documentan en la Península Ibérica en el mismo período. Con ello se obtiene un interesante panorama de similitudes y diferencias, de cuyo análisis surge la cuestión sobre la validez de la literatura en este tipo de estudios: sus datos, mucho más reducidos, resultan menos fiables que los de la epigrafía.

Desde la primera gran recopilación epigráfica de que fue objeto la Península Ibérica (el tomo II del *CIL*) es largo el camino que se ha recorrido en ese campo: cada vez se cuenta con mejores y más precisas armas para analizar e interpretar la epigrafía y cada vez son más las áreas que se benefician de este avance cualitativo y cuantitativo: religión, sociología, economía, historia... En el terreno concreto de la onomástica (y en general de la filología) el incremento en el material descubierto redundaba en beneficio de una mejor comparación e interpretación de los datos, y posibilita que los nuevos hallazgos encuentren un lugar en el elenco de términos ya conocidos.

Uno de los apartados en que se divide la onomástica general, el de la antroponimia, ha visto enormemente incrementado su potencial comparativo al recibir de los nuevos hallazgos epigráficos un aporte grande de datos: el importante número de recurrencias onomásticas¹ que recogía *CIL* II (unas 16.000) sirvió a los pioneros

ABSTRACT

In this work the set of the Hispanic personal names of Roman era transmitted by the literary sources is analyzed. At the same time, their characteristics are compared with those of the epigraphic names attested in the Iberian Peninsula in the same period. Therefore, an interesting panorama of similarities and differences is obtained, from whose analysis emerges the issue on the validity of the literature in this kind of studies: its data, much more reduced, result less trustworthy than those of the epigraphy.

(Gómez Moreno, Tovar o Untermann) para trazar las primeras distribuciones antropónicas de la península. Desde esa época hemos llegado a unas 27.500 repeticiones recogidas por Abascal² (aproximadamente 6.500 nombres), aunque ha de tenerse en cuenta que únicamente se incluyen en esa obra los epígrafes latinos y queda, por tanto, excluido todo el material en escritura griega y epicórica (inscripciones celtibéricas, ibéricas y en escritura del SO), así como la escritura latina cuando sirvió para transcribir la lengua celtibérica o lusitana; tal vez considerando todo ese material alcanzaríamos unas 28.000 repeticiones de nombres atestiguados (quizá con unos 7.500 antropónimos diferentes³).

gentilicios *Iulius* con dos *cognomina* diferentes, p. ej. *Placidus* y *Rufus*, son a todos los efectos 4 recurrencias diferentes. Esta forma de interpretar los listados onomásticos proporciona un panorama de todos los nombres que se usaron en la península y da a cada una de las ocurrencias (los nombres, con independencia de sus repeticiones) el valor de su uso efectivo.

2. J.M. Abascal Palazón, *Los nombres personales en las inscripciones latinas de Hispania*, Murcia, 1994.

3. La cifra sirve, naturalmente, al propósito de situar aproximadamente el número de antropónimos; ni que decir tiene que no he visto la necesidad de contar uno a uno los nombres recogidos

*. Trabajo realizado en el marco del proyecto de investigación de la Universidad del País Vasco 106.130-HA34/98.

1. Como dato básico de recuento he tomado la repetición onomástica con independencia del nombre de que se trate: así, dos

De la epigrafía nos servimos, por tanto, para estudiar de una forma directa la estructura onomástica de la época de dominación romana; decimos que se trata de un estudio sobre materiales directos porque son los mismos individuos portadores los que dejaron reflejados sus nombres, en forma de epitafios, de inscripciones públicas o votivas. No obstante, la primera aproximación a la onomástica antigua se llevó a cabo desde las fuentes literarias y toponímicas más que epigráficas. En concreto, fue Humboldt quien afrontó los datos por primera vez de una manera más cuidada en lo que se refiere al tratamiento filológico de las fuentes clásicas; sus conclusiones, en cambio, resultaban ampliamente mediatizadas por los apriorismos vasco-iberistas de que se sirvió en su estudio, aunque hubo de reconocer también un componente celta en la onomástica hispana en ciertos nombres que no se adecuaban a la fonética vasco-ibera. Para este abordaje a la antroponimia, Humboldt empleó 61 nombres literarios⁴, además de alguno otro diseminado por su obra; los resultados obtenidos a partir de un número tan escaso debían ser, por fuerza, imprecisos, aunque esto no le impidió darse cuenta de la falta de rigor de algunos autores en la transmisión de datos.

Un corpus tan limitado como el que manejó Humboldt rara vez ve ampliado su contenido, aunque el número de referencias antiguas de Hispania se ha duplicado en la actualidad, al considerar algunos textos que él no conoció, como los de Flegonte u otros autores que recogen nombres hispanos más diseminados. Sin embargo, los datos así obtenidos componen un grupo mucho menor que los de transmisión epigráfica, y alcanzan una cifra próxima a los 115; al parecer, los autores clásicos no siempre sintieron la necesidad de ilustrar sus relatos sobre Hispania con nombres de personas.

Con estos datos meramente cuantitativos, podríamos suponer que los miles de testimonios que componen nuestro elenco onomástico epigráfico conformarían una idea más que aproximada del panorama antropónimo de la península, y que, al cruzarlos con los escasos antropónimos literarios, resultarían formas comunes en ambos listados; la simple probabilidad matemática cobra valor ante grupos tan desiguales en número. En ese sentido, un nombre como 'Αλουκ(κ)ιος⁵ tiene parale-

los satisfactorios en el lusitano *Allucquius* (cf. Abascal, *op. cit.*, s. v.); sin embargo, a pesar de esta buena correspondencia incluso en el ámbito geográfico, Dión, *Fragm.*, XVI, 43 y Liv., XXVI 50, 2 y 12 recogen un 'Αλλούκιος / *Allucius* en Celtiberia, región a la que no llega ningún testimonio epigráfico (*vid. infra*). En la misma línea se hallan otros ejemplos que responden a una realidad conocida: 'Αμβρατος (lusitano, Fleg., I 63), *Bocchus* (lusitano, Plin., *Hist. Nat.*, XXXVII, 24), *Burrus* (lusitano, Sil., XVI, 559 y 567, con var. *Burnus*), *Caeso* (sedetano, Sil., III, 377), *Κάμαλος* (lusitano, Fleg., I 64), *Κέλτιος* (dos lusitanos, Fleg., I 65 y 67), *Durius* (saguntino, Sil., I 438), *Καίσαρος* (caudillo lusitano, Ap., *Iber.* 56), *Murrus* (saguntino, Sil., I 457), *Πέλλιος* (lusitano, Fleg., I 65), *Rhetogenes* (numantino, recogido, entre otros autores, por Ap., *Iber.* 94 como 'Ρητογένης y Val. Max. V 1, 5 como *Rhoetogenes*), o *Viriatus* (caudillo lusitano, Flor., I 33, 15). De manera similar al caso de 'Αλούκ(κ)ιος, Fleg., I 63 y 68 nos menciona dos personajes, un Δοκκούριος de *Eburobritium* y un Δοκούριος interaniense, cuya forma se acomoda perfectamente a lo que conocemos sobre los *Docquirus* epigráficos, en su mayoría lusitanos. Ap., *Iber.* 77 cita, a su vez, un hispano Ταγγίνος, capitán de bandidos, sin duda de origen lusitano, a juzgar por la cantidad de menciones directas de *Tanginus* que nos ha dejado la epigrafía.

Las fuentes mencionan también a dos personajes celtibéricos, *Thurri* (Liv., XL 49, 4) y *Thyresus* (Oros. V 8, 1, con la variante *Tyresius* en Liv. LIII, *Sumario*), que se corresponden satisfactoriamente con *Tur(r)os*⁶ y *Turaesius*⁷. En este caso, la consonante aspirada que transmiten las fuentes no se adecua exactamente a la fonética que nos aporta la epigrafía; recordemos algunos casos similares como la variante *Viriathus* que, para el nombre del caudillo lusitano, nos transmiten Silio y las fuentes griegas (*vid. infra*).

Un nombre sobre el que se ha escrito abundantemente⁸ es el del caudillo ilergete *Indibilis* (Val. Max.,

por Abascal. Además, debemos decir que desde entonces ha ido aumentando la cifra de inscripciones publicadas, recopiladas gracias al trabajo de algunas publicaciones periódicas generales, como *Hispania Epigraphica* y *Année Epigraphique*.

4. W. von Humboldt, *Prüfung der Untersuchungen über die Urbewohner Hispaniens vermittelt der vaskischen Sprache*, Berlin, 1821 [*Primitivos pobladores de España y lengua vasca*, versión de Fco. Echebarría, Madrid, 1959]; véase su cap. 21.

5. Dos individuos lusitanos, uno de *Eburobritium* (Δοκκούριος 'Αλουκκίου υἱός) y otro interaniense ('Αλούκιος 'Απιλιούτας), ambos recogidos por el cronista Flegonte en su obra

Περὶ Μακροβίων (en F. Jakoby, *Die Fragmente der griechischen Historiker*, Leiden, edic. fotomec. de Berlin-Leiden, 1926-1950, vol. 2 B, párrafos I, 68 y 62 resp.), donde hace un listado de personajes que vivieron más de cien años, entre ellos siete lusitanos.

6. Cf. el Tercer Bronce de Botorríta, *pássim* (en F. Beltrán, J. de Hoz & J. Untermann, *El Tercer Bronce de Botorríta (Contrebia Belaisca)*, Zaragoza, 1996) y las inscripciones rupestres de Peñalba de Villastar (TE) recogidas por J. Untermann, *Monumenta Linguarum Hispanicarum, IV: Die tartessischen, keltiberischen und lusitanischen Inschriften*, Wiesbaden, J., 1997, K.3, *pássim*.

7. En Abertura (CC), H. Gimeno & A.U. Stylow, "Juan Pérez Holguín y la epigrafía trujillana", *Veleia* 10, 1993, núm. 18, y en Trujillo (CC), R. Hurtado de San Antonio, *Corpus provincial de inscripciones latinas (Cáceres)*, Cáceres, 1977, núm. 577.

8. *Vid.*, p. ej., A. Tovar, *Estudios sobre las primitivas lenguas hispánicas*, Buenos Aires, 1949: 163-167.

IV 3, 1 y con transmisión griega Ἰνδύβιλις en Ap., *Iber.* 37 o Diód., *Fragm.*, XVI, 42) o Ἰνδιβέλης (Diod., XXVI 22), cuya variante Ἀνδοβίλης (Pol., X 18, 7) crea graves dificultades a la hora de reducir ambos segmentos *ind-* y *and-* a un origen común; sin embargo, se puede hallar un buen paralelo epigráfico en el nombre ibero *intebeles* de Sagunto⁹, lo que hablaría en favor de la *i-* como fonema original y aproximaría a este radical los nombres del reyezuelo hispano *Indo* (*Bel. Hisp.*, X, 3) y del príncipe ibero Ἰνδόρτης (*vid. infra*).

Menos claras son las correspondencias epigráficas de nombres como el vetón *Balarus* de Sil., III 378 (pues el *Balarus* de Ávila¹⁰ no es seguro) y el cántabro *Larus* (Sil., XVI, 46 y 47), que tiene un dudoso paralelo homónimo en Puerto de Santa Cruz (CC) (*cf. AE* 1983, 496); el bandido hispano Κοροκόττα (var. Κορακόττα) tiene seguramente relación con *Corocuta* de *CIL* II 550.

Para completar el conjunto de nombres literarios con correspondencias epigráficas, deben destacarse algunos personajes indígenas hispanos, portadores de nombres de origen foráneo, pero bien atestiguados por otras vías. Así, tenemos al gaditano *Hasdrubal* de Cic. *Balb.*, XXII 51, de nombre púnico, o a los lusitanos Ἀρρουντίος Ἀππλου, Τάμφιος (Fleg., I 66 y 67) y *Cato* (*Bel. Hisp.*, XVII 1), los jefes de bandidos cuneos Ἀπουλήιος y Κούριος (Ap., *Iber.* 68), todos de origen latino¹¹.

En resumen, podemos apuntar como dato que algo más de una treintena de nombres nos dan muestra de la correspondencia entre los testimonios directos e indirectos en el ámbito de la antroponomía hispana antigua; de ellos, una importante cantidad (doce) son menciones que se hallan en la obra de Flegonte, quien recoge personajes lusitanos con correspondencias geográficas bastante exactas a la luz de los datos epigráficos. En un grupo distinto, aunque estrechamente vinculados con

los anteriores, encontramos otra serie de antropónimos no documentados, pero que son relacionables por su radical o alguna otra característica fonética o morfológica netamente identificativa. Así, Ἀμβω(ν) (general arévaco, Ap., *Iber.* 46) se analiza sin grandes dificultades a partir de la base *Amb-*, que da lugar a nombres como *Ambatus*, *Ambasia*, *Ambinus*..., aunque el nombre como tal no está documentado. También los nombres del lusitano Ἀπιλιούτας (Fleg., I 62) y del saguntino *Abelux* (en Liv., XXII 22, 6 y 20 o Ἀβίλυξ en Pol., III 99, 7) parecen relacionados con una raíz *ap(e)lo, que forma nombres epigráficos como *Ableca*, *Aplondus* o *Abulu*.

Untermann, "Repertorio...", p. 297 descompone *Baesadine* (general hispano, Liv., XXXIII 44, 4) en *bais(e)-atin, con lo que pone en relación dos bases ibéricas bien atestiguadas (en nombres como *baise-bilos* o *balke-atin*). Los elementos iberos *inte / intu* y *ortun / ortin*, recogidos también por Untermann (ibídem, pp. 303 y 305) podrían ser la base del nombre del príncipe ibero Ἰνδόρτης (Diod., XXV 10, 2), citado anteriormente a propósito del nombre *Indibilis*; y, en relación con los nombres *Cerdubelus* (castulonense, Liv., XXVIII 20, 11) y *Corribilon* (régulo, Liv., XXXV 22, 5), es de nuevo Untermann (p. 304) quien los reconstruye como *kertu-belus y *kofi-bilo(s), a partir de elementos iberos atestiguados en otros antropónimos. Más difícil de relación convincente es el nombre *Bilistage* (régulo ilergete, Liv., XXXIV 11, 2), para el que Albertos¹² proponía una relación con el formante vasco-ibero *beles*; más bien podría ser el citado *bilos* el elemento con el que establecer la relación, para la cual habría que aportar algún paralelo de formación, aunque lejano, como *bilosteker*, *bilostiken* o *bilostikis* (*vid. Untermann*, "Repertorio...", p. 300). El nombre del suegro de Viriato, Ἀστόλας (Diod., XXXIII 7, 4), "indudablemente ibérico" en opinión de Albertos podría tener correspondencia con los elementos ibéricos *ast-* (*Asterdumari* o *Asdabal* en Albertos, ibídem, p. 38) y *-bas*, recogido como formante de varios nombres en Untermann, "Repertorio...", p. 299 (*bilosbas*, *elefbas*).

Pueden citarse otros radicales, como el del nombre Κοραύνιος (apodo de *Rhetogenes*, Ap., *Iber.* 94) formado tal vez sobre la base *kara- (de *Caranto* o *Carauanca*); Κουκαίνος (caudillo lusitano, Ap., *Iber.* 57) tiene una probable relación con *Caucinus*; Λεύκων (general arévaco, Ap., *Iber.* 46) podría enlazar con la raíz *leuk- "brillar"; el ilerdense *Lamus* (Sil., XVI 475) presenta similitudes con dos nombres

9. J. Untermann, *Monumenta Linguarum Hispanicarum, III: Die Iberischen Inschriften aus Spanien*, Wiesbaden, 1990, F.11.7. A propósito de esta identificación, véase J. Untermann, "Repertorio antropónimo ibérico", *Archivo de Prehistoria Levantina*, 17, 1987, p. 299.

10. R.C. Knapp, *Latin Inscriptions from Central Spain*, Berkeley, 1992, núm. 30.

11. M^a L. Albertos Firmat, *La onomástica personal primitiva de Hispania: Tarraconense y Bética*, Salamanca, 1966, s.v., consideró indígenas algunos nombres únicamente porque aparecían recogidos en la obra del hispano Marcial, como *Tongilianus* (Marc., III 52, 1 y 4; XII 88, 1 y 2) y *Munna* (Marc., IX 82, 1, X 36, 3, X 60, 2); según se desprende de los poemas de Marcial, se trata de personajes romanos, cuyos nombres están seguramente ligados a los gentilicios *Tongilius* y *Munius*, sin relación con otras bases indígenas homófonas.

12. M^a L. Albertos, *La onomástica personal primitiva de Hispania*..., p. 54.

13. Recogidos por M. Palomar Lapesa, *La onomástica personal prelatina de la antigua Lusitania*, Salamanca, 1957, s.v.

dudosos: [*Lame?*]*nus* y *Lamila*¹³. El nombre *Aris* (Sil., XV 232, 244, considerado hispano por Albertos (ibídem, p. 34) se vincula seguramente con una base *ar-, documentada ampliamente en Hispania (*Arus*, *Arro* o *Areius*), aunque los nombres que se leyeron *Aris* han visto modificada su lectura (Abascal, *op. cit.*, p. 43). No resulta del todo adecuado a la comparación el nombre *Καντολογούνιος* (Fleg., I 64), pues, si bien es verdad que los radicales *Cant-* y *-genos* son bien conocidos, nunca se atestiguan juntos, y *-genos* no aparece con ese grado *-o-* en nombres indígenas; tampoco estamos seguros sobre el parentesco en el caso del *Bacurius Hiberus* de Am. Marc., XXXI 12, 16, a pesar de la existencia del hápax *Baccinus* (Abascal, *op. cit.*, p. 297).

Junto a los ejemplos de parentesco casi evidente, existen algunos nombres que merecen mención aparte, ya que no es únicamente la raíz la que participa de este juego de relaciones: *Paciaecus*¹⁴ es un antropónimo que conocemos en Hispania sólo por las fuentes literarias, y que podemos considerar hispano porque su radical está presente en otros nombres como *Pacidi*, *Pacina* o *Pacius* y porque su formación sufijal es típicamente hispana: esta sufijación en *-aikos*, por tanto, da pie para hablar de algunos fenómenos que distinguen a la onomástica hispana y que podemos utilizar, al igual que las raíces, para caracterizar los nombres transmitidos, como el del saguntino *Galaesus*, recogido por Sil., I 438 y Marc., XI 22, 1¹⁵, cuya sufijación en *-aes-* figura entre las típicas hispanas (*vid.*, p.ej., Albertos, ibídem, pp. 286 y 288).

Entre otros fenómenos característicos de formación nominal tenemos el de la geminación en *Attene* (reyezuelo turdetano, Liv., XXVIII 15, 14) o la aspiración en *Chalbus* (jefe de los tartesios, Liv., XXIII 26, 6) o en *Culcha* (reyezuelo de Bética, Liv., XXXIII, 21, 7 y XXVIII 13, 3, con la variante *Κολχας*, Pol., XI 20, 3 y 5 y XXI 11, 7), rasgos propios del área turdetana, que caracterizan a muchos nombres meridionales atestiguados epigráficamente: compárese la geminación en *At(t)eniens*, *Nanna*, *Aninna*, *Attisaga* y la aspiración en *Insghana*, *Igalchis*, *Brochchus* o la introducida espuriamente en algunos de origen ibérico como *Vrchail*¹⁶.

14. *Bel. Hisp.* 3, 4; *Cic., Fam.* VI 18, 2; *Att.*, XII 2, 1; en Plut., *Crassus* 4, 2 aparece bajo la forma *Πακιακού*. Sin embargo, tenemos como testimonio epigráfico en Roma un *T. Paciaecus T.l. Isargyrus* (CIL VI 33289, 33291 y 33325).

15. En la edición de los *Epigramas* de Marcial, a cargo de J. Fernández Valverde y A. Ramírez de Verger, Gredos, Madrid, 1997, vol. II, p. 427 es considerado "nombre ficticio".

16. *Vid.* J. de Hoz, "El desarrollo de la escritura y las lenguas de la zona meridional", en M.E. Aubet (coord.), *Tartessos. Arqueología protohistórica del Bajo Guadalquivir*, Sabadell, 1989, p. 553 y nótese la diferencia *Bocchus* nortajano / *Bocchus* sudtajano en los listados de Abascal, *op. cit.*, p. 301.

En total se aproximan a dos docenas los nombres que sugieren cierta afinidad con otros transmitidos por la epigrafía, aunque las formas no correspondan con exactitud; Livio, con seis menciones, Apiano con cinco y Polibio con cuatro, son los autores que más referencias nos aportan en este apartado. Pero, a pesar de todas las afinidades presentadas, queda sin emparentar un importante número de formas; de ellas, una buena cantidad nos ha llegado a través de Silio, algunos citados como saguntinos: *Caicus* (I 306), *Chromin* (I 439), *Daunus* (I 440), *Eurydamas* (II 177), *Gyan* (I 439), *Hostus* (I 437), *Lycus* (II 177), *Lygdus* (I 438), *Metiscus* (I 437) y *Thamyris* (II 177); otros figuran simplemente como hispanos, *Aconteus* (XVI 563 y 573), *Arauricus* (III 403), *Dracen* (XV 467 y 468), *Glagus* (XVI 561), *Phorcys* (III 402), *Rhyndacus* (III 388), *Temisus* (I 431), o *Imilce*, la esposa de Anfibal (III 97, 106)¹⁷. No obstante, la misma falta de paralelos podemos encontrarla en otros autores, en ocasiones a través de indicaciones geográficas concretas: los orsoñenses asesinos de Viriato, *Μίνουρος* (Ap., *Iber.* 74) o *Διτάλκης* (Diod., XXXIII, 21, 1, con la variante *Διτάλκων* en Ap., *Iber.* 74); los celtibéricos *Belligeni* (Liv., XXVI, 21, 13), *Olonicus* (Liv., XLIII Sumario, u *Olyndicus* para Flor., I 33, 13), *Megarauicus* (Flor., I 34, 4), *Λιτένωνων* (Ap., *Iber.* 50), o el saguntino *Alco* (Liv., XXI, 12). En Cartagena se sitúan *Orsua*, su primo *Corbis* (Liv., XXVIII 21, 6 y 7) y *Arines* (Liv., XXVI 49, 5), en Sagunto *Theron* (Sil., II 149 y *Macr. Sat.*, I 20, 12); hispanos son *Alorcus* (Liv., XXI 12), el general *Budare* (Liv., XXXIII 44, 4), *Moericus* (Liv., XXV 30 y 31; XXVI 21), el bandido *Κοννόβα* (Ap., *Iber.* 68) o el tirano *Etpastus* (Val. Max., V 4, ext. 3). Procedentes de regiones menos representativas son el ausetano *Amusicus* (Liv., XXI 61, 11), *Luxinius*, reyezuelo de Carmona (Liv., XXXIII 21, 7), o el rey vacceo *Hilernus* (Liv., XXXV 7, 8). Algunos se tratan como ibéricos, aunque la escasa precisión del término deja en duda el referente geográfico concreto: los príncipes y hermanos *Ἰστολάτιος*, el ya citado *Ἰνδόρτης* (Diod., XXV, 10, 1), o *Νώραξ*, el supuesto colonizador de Cerdeña (Paus., X 17, 5).

Entre todos ellos destaca el caso de los jefes ilergetes *Indibilis* (ya comentado) y *Mandonius* (Sil., III 376) o Liv., XXII 21, 2), sin paralelos epigráficos, que ya Humboldt (cap. 21) puso en relación con vasco *mando* "mulo".

El porcentaje de nombres sin parentesco es especialmente alto en la obra de Silio Itálico: 18 menciones se encuentran sólo en sus escritos. Humboldt ya se per-

17. Liv., XXIV 41, 7 dice que la esposa de Anfibal era de Cástulo, aunque no recoge su nombre.

cató de esta desviación y únicamente utilizó algunos de los nombres que Silio transcribía, pues consideró muy negativamente que no fuera hispano y que no hubiera estado nunca en Hispania¹⁸. Palomar vio los datos del itálico con distintos ojos y proclamó cierto paralelismo entre sus antropónimos y otros que se hallaban en la epigrafía (p. 15). De nuevo sobre el problema, De Hoz se mostró contrario a tomar en cuenta algunos nombres "que encontramos en la obra fantástica de Silio Itálico" ("El desarrollo...", p. 553, núm. 106).

La ponderación entre los datos transmitidos por la literatura y la epigrafía proporciona a ésta una validez de la que aquélla carece. En literatura la transmisión no siempre está asegurada: muchos autores eran receptores de segunda mano de una fonética a la que no estaban acostumbrados. A ello debe añadirse el carácter poco científico de sus escritos y posteriores problemas en la transmisión¹⁹. Un reflejo típico de desviación es el del nombre de príncipe celtibérico *Allucius* (Liv., XXVI 50, 2 y 12 y 'Αλλουκίω en Dió., *Fragm.*, XVI, 43); si bien hemos visto antes que este nombre es de raigambre lusitana, aquí lo encontramos fuera de ese ámbito geográfico. Albertos²⁰ piensa que no era en realidad celtibero, sino vetón o lusitano, o bien podía llamarse *Lougeius*, a partir de la lectura *Luceio* de algunos códices de Livio. Similar falta de exactitud vemos en la transmisión del nombre de Viriato: en las fuentes griegas aparece generalmente como Ούρίατθος (Ap., *Iber.* 60), o 'Υρίατθος (Diod., XXXIII, 1, 1), y llegan hasta deformaciones del tipo Βορίανθος²¹. Otro ejemplo que da lugar a diversas interpretaciones es el nombre del caudillo ilergete *Indibilis*, cuya variante 'Ανδοβάλης (Pol., X 18, 7) ha sido repetidamente relacionada tanto con el antropónimo *Antubellus* como con la divinidad *Endouellicus* (*vid.*, p. ej., Albertos, *ibidem*, 298). A mi entender, tal aproximación no satisface la diversidad de lecturas con que la tradición clásica nos transmite este nombre, y

como ya he señalado más arriba, los paralelos tanto epigráficos (el nombre *intebele[š]*) como literarios (los nombres *Indo* o 'Ινδόρτης) parecen asegurar que la forma originaria contaría con un base *ind-*; no sería extraño, por tanto, pensar que 'Ανδοβάλης fuera una errata de Polibio o un error en la transmisión.

Los ejemplos se multiplican y, en ocasiones, los diversos autores acentúan aún más las divergencias en la forma de los nombres, como en el caso del caudillo celtibérico Κάρος (Ap., *Iber.* 45), citado como Κάκυρος en Diod., XXXI, 39; o el reyezuelo de la Bética *Culcha* (Liv., XXXIII, 21, 7), Κολίχας para Pol., XI 20, 3 y 5; el líder celtibero *Olonicus* (Liv., XLIII, *Sumario*) es *Olyndicus* para (Flor., I 33, 13); el sucesor de Viriato es Τάνταλος según Ap., *Iber.* 75 y Ταύταμος según Diod., XXXIII, 1, 4; los nombres ya citados *Thyresus* / *Tyresius* tienen una extraña variante *Pyrresus* en Val. Max., III 2, 21. Entre todos destaca el caso extremo del tercer asesino de Viriato, Νιχορόντης (Diod., XXXIII, 21, 1), que en Ap., *Iber.* 74 se recoge como Μίνουρος. Incluso, es probable que en ocasiones adaptasen las formas indígenas a nombres latinos o griegos, más conocidos y pronunciados para ellos, aunque también es posible que los indígenas adoptaran estos nombres, en mayor grado a medida que avanzaba la romanización, hecho comprobable en epigrafía: es el caso de 'Απουλήμιος (cuneo, Ap., *Iber.* 68), Αὔδαξ (lusitano, Diod., XXXIII, 21, 1) o Αὔαρος (numantino, Ap., *Iber.* 95).

Por último, algunos topónimos sirvieron seguramente para crear antropónimos, como en *Edesco* (Liv., XXVII 17, 1, 'Εδέκων para Pol., X 34, 2), *Ilerdes* (Sil., XVI 566, 571), Πούνικος (Ap., *Iber.* 56) o *Tartessos* (Sil., XVI 465, 509), en clara alusión a sus lugares de origen, *Edeta*, *Ilerda*, *Fenicia* o *Tartessos*; también se documenta *Baeticus* (cordubense, Sil., XVI 469), un nombre derivado del hidrónimo *Baetis* o de la región *Baetica*, y 'Ορίσσων, que Humboldt (cap. 20) interpretó como el nombre de un reyezuelo, proveniente del etnónimo en genitivo plural 'Ορισσῶν "oretanos" (Diod., XXV 10, 3 y 12)²².

Nos hallamos, pues, ante una proporción de nombres sin relación epigráfica que difícilmente puede deberse a la casualidad (véase lámina); los antropónimos literarios deberían guardar una correlación similar a los datos, mucho más fiables por numerosos, obteni-

18. Hoy sabemos que ésa no puede ser una prueba de confianza hacia los autores clásicos, pues los textos compilados y resumidos en época romana no son fuentes de primera mano; en cuanto a la validez de las referencias de Silio, *cf. infra*.

19. D. Ellis Evans incluye problemas relacionados con la crítica textual en el estudio de varios nombres galos recogidos en los *Comentarios a la Guerra de las Galias* de César; el espacio dedicado a este trabajo hace imposible este necesario tipo de análisis a todos los nombres hispanos, tarea que dejo pendiente para otra ocasión (*cf.* D. Ellis Evans, "Some Celtic Personal names in the *Commentaries on the Gallic War*", *The Bulletin of the Board of Celtic Studies*, XXI, 1964: 1-17).

20. M^a L. Albertos Firmat, "La onomástica de la Celtiberia", en *Actas del II Coloquio sobre lenguas y culturas prerromanas de la Península Ibérica* (Tübingen, 1976), A. Tovar, M. Faust, F. Fischer y M. Koch (eds.), Salamanca, 1979, p. 149.

21. Suidas, *Exc. De ins.*, p. 11, s. v. Ioannes Antiochenus, en K. Müller, *Fragmente historicorum Graecorum*, Paris, 1878-1950, vol. IV, p. 559.

22. Véanse otros ejemplos transpirenaicos en J. Caro Baroja, *España Antigua* (Conocimientos y fantasías), Madrid, 1986, pp. 199-203.

dos a través de la epigrafía²³. Una primera explicación estaría basada en el rango social, que necesariamente debe ser la primera criba de los autores clásicos a la hora de decidir qué nombres se transmiten: generalmente militares de alto grado o gobernantes. Por el contrario, los nombres de ciudadanos comunes reflejan más fielmente la situación onomástica epigráfica (compárese el caso de Flegonte). Sin embargo, no tiene que ser conclusión necesaria el hecho de que las fuentes falsean los datos onomásticos porque reflejan una situación social privilegiada, puesto que la epigrafía también es válida para recoger los nombres de personas de cualquier rango.

Clara consecuencia de las limitaciones de la literatura es que se nos muestran las áreas de la Península Ibérica con un tratamiento muy desigual: los testimonios se concentran en la zona ibérica (un individuo ausetano, uno castulonense, uno edetano, tres ilergetes y 17 sedetanos, entre los que están especificados 15 saguntinos), celtibérica (dos arévacos, cuatro numantinos y cuatro celtibéricos sin especificación) y lusitana (23 lusitanos, un vetón). El sur también es fecundo en citas: cuatro individuos son de Urso, cinco entre tartesios y turdetanos, dos cuneos, uno cordubense, y cuatro aparecen como béticos sin más; el gran vacío se encuentra en el norte, especialmente en el territorio nor-occidental, donde sólo hallamos un vacceo y un cántabro. Todas las demás citas aparecen con referencias generales como hispanos o iberos.

Por otro lado, creo que la localización geográfica aportada por los autores debe considerarse aproximada y algunas veces genérica; los datos que conocemos por otros medios nos impiden asignar raigambre ibérica a ninguno de los 15 saguntinos citados, a lo que hay que añadir que en su mayoría tienen cierto aire indoeuropeo. La misma falta de correspondencia existe en los personajes celtibéricos, donde sólo *Thurri* tiene paralelos; entre los numantinos únicamente *Rhetogenes* y de los tartésicos *Arganthonius*. Los demás casos deben estudiarse individualmente y no por grandes bloques, ya que en este caso la comparación se resiste.

En todo caso, una conclusión lógica es que existió en bastantes ocasiones una falta de información por parte de los autores clásicos sobre los pueblos indígenas, que posteriormente se vio deformada por los copistas, hasta extremos de hacer irreconocibles ciertos datos que con el transcurrir de los siglos iban a sernos de gran ayuda. Tenemos sospechas de que, en algunos casos, esa desinformación fue voluntaria o caprichosa, tendente quizá a no romper el hilo narrati-

vo con detalles rigurosos que al destinatario del texto le eran de escaso interés (véase el caso de Silio Itálico). Muy unida a esta literatura adornada se encuentra la leyenda, cuya influencia se ha hecho patente en la prehistoria de todos los pueblos. Sobre la Península Ibérica persisten en época clásica (o se crean entonces) ciertas fábulas que tienen como protagonistas a personajes autóctonos, y que en ningún caso debemos considerar con rigor; surgen aquí nombres como los tartésicos *Gargoris* (Just., XLIV 4, 1) y su nieto *Habis* (Just., XLIV 4, 11) inventores de la agricultura o el cultivo de la miel, o *Χρυσάωρ* (rey de Iberia, Diod., IV, 17, 2) y su hijo *Geryo(n)* (Just., XLIV 4, 14), cuyo significado cultural, interpretado a la luz de los colonizadores griegos, es más que evidente: Gerión se muestra como el rey longevo (γέρων "anciano") y *Χρυσάωρ* es el rey del oro (χρυσός "oro"), reflejo de la visión que los griegos tenían de Iberia.

Estos nombres de "mitología griega transferida a la península"²⁴ pudieron tener continuación en el rey de Tartessos Ἀργανθώνιος (Heród., I, 163) rey "real", "símbolo de la riqueza de Occidente"²⁵, cuya forma "puede haber sufrido muchas alteraciones" (Humboldt, cap. 21); en efecto, se muestra como el longevo rey de la plata, uniendo en una persona características de sus antecesores legendarios Gerión y Chrysaor. Su nombre se ha tenido por un desarrollo indígena sobre *argnt-, el nombre indoeuropeo de la plata; si bien es cierto que su evolución no coincide con el latín *argent-*, no puede descartarse una influencia griega en la creación de un nombre para un personaje semi-legendario. Con relación a la falta de paralelos cabe hacer una doble lectura: de un lado podría no tratarse de un nombre de creación indígena, en cuyo caso el *Argantoni* de Mirobriga (Abascal, *op. cit.*, p. 285) sería una recuperación del nombre cuasi-histórico. Por otra parte, podríamos considerarlo emparentado efectivamente con la raíz *arg-, que da lugar a varios nombres en la península *Argi*, *Arganta*, *Argilicus*, *Argaelus*... De cualquier forma, una cosa es cierta: el nombre literario participa de la característica de la aspiración meridional que ya hemos visto anteriormente, de la misma forma que algunas de las formas del nombre de Viriato, en concreto todas las griegas Οὐράλαθος (Estrab., III, 4, 5; Dión, *Fragm.*, XXII, pássim), Οὐράλαθος (Ap., *Iber.* 60), Ὑρίαλαθος (Diod., XXXIII, 1, pássim) y la latina

24. J. de Hoz, "Las fuentes escritas sobre Tartessos", en M.E. Aubet (coord.), *Tartessos. Arqueología protohistórica del Bajo Guadalquivir*, Sabadell, 1989, p. 39.

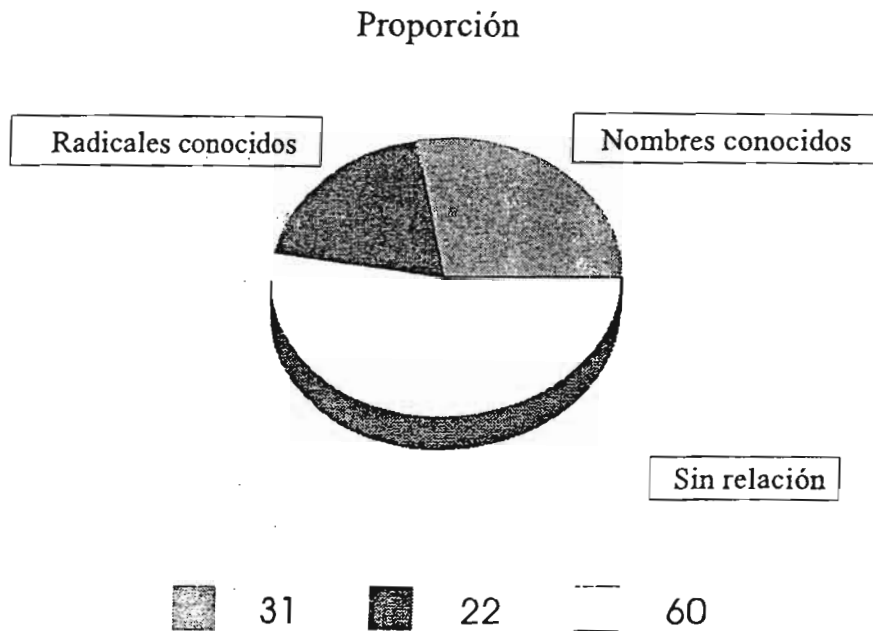
25. J. Caro Baroja, "La 'realeza' y los reyes en la España antigua", en A. Tovar & J. Caro Baroja, *Estudios sobre la España antigua*, Madrid, 1971, pp. 81 y 87.

23. A pesar de todo, no es éste el lugar oportuno para un análisis sobre el valor real de los datos transmitidos por la epigrafía.

Viriathus (Liv. LII, *Sumario*; Sil., III, 354, Vel. Pat., II, 1, 3 o Val. Max., IX, 6, 4). Éste podría ser un argumento que sumar a los que en los últimos años han intentado dar luz sobre su patria, aunque no una prueba concluyente de un origen meridional, pues hemos visto otros ejemplos no meridionales como *Thurri* o *Thyresus*²⁶.

Todo lo señalado aconseja considerar con cautela cualquier hipótesis sobre la onomástica literaria hispana; en sus nombres puede haber indicios que aún no llegamos a comprender. Es una labor combinada de la epigrafía y la crítica textual, y aunque, en última instancia, ésta sea capaz de ofrecer una interpretación, por el momento nos movemos en el terreno de las conjeturas.

Los nombres en las fuentes



26. Según las opiniones más modernas, las relaciones de Viriato con Turdetania fueron frecuentes: allí fue donde tomó el mando y consiguió escapar del pretor Vetilio (R. López Melero, "Viriatius Hispaniae Romulus", *Espacio, Tiempo y Forma*, Serie II, Historia Antigua I, 1988, p. 252) y si la Beturia y la ciudad de Arsa no fueron el lugar originario del nacimiento de Viriato, sin duda que allí estuvo su segunda patria (L.A. García Moreno, "Infancia, juventud y primeras aventuras de Viriato, caudillo lusitano", *Actas del Primer Congreso Peninsular de Historia Antigua*, G. Pereira Menaut (ed.), Santiago de Compostela, 1988, p. 377). Ha de recordarse que los tres "amigos" que le dan muerte, Διτάλκης, Αἰδαξ y Νικορόντης (o Μίνουρος), eran de la ciudad de Urso en la Bética, como señala Diodoro. Parece claro que nuestro héroe provenía de la Lusitania meridional y occidental, lejos de la mesopotamia entre el Tajo y el Duero y lejos, por tanto, de la zona de predominio de la onomástica indígena (L. Pérez Vilatela, "Etnias y divisiones interprovinciales hispano-romanas", *Kalathos*, 1989-90, p. 207 y L.A. García Moreno, *op. cit.*, p. 375).